

Hablar de poesía resulta cada vez más difícil si nos atenemos a todas las inclemencias que sobre este término han volcado las distintas corrientes teóricas y la torrencial avalancha de movimientos y escuelas. Resulta ya una temeridad pretender encerrar en una definición algo que es mutable, imprevisible e irrepetible. El poema crece definiéndose a sí mismo y, aunque pueda tener una orientación preestablecida, una inclinación apriorística, acaba siempre por redefinir la poesía. Cada poema, aún siendo de un mismo autor y naciendo de una experiencia personal común, determina sus imágenes y establece sus propias leyes, absolutamente innegociables. Yo como lector o como crítico involuntario, que a menudo no es otra cosa que un lector con estigmatismo, puedo juzgarlas banales, ortopédicas o inquisitivas, pero no puedo —a final de este milenio— dudar de su poeticidad con argumentos incontestables. No se trata de alinear-me junto al “relativismo posmoderno”, pues éste se refiere al gusto y yo me dirijo a su esencia. Y lo esencial es que el poema es ejemplar y autónomo y sólo se puede medir con leyes inmanentes y no con estándares objetivos. Como recordarán, Camilo José Cela, ironizando sobre las discusiones domésticas en torno al concepto “novela” que han tenido ocupados a tantos profesionales de la videncia y la taxidermia literaria, decía que novela era todo aquello que en una portada y bajo los caracteres de un título ponía novela. Y yo no me atrevo a quitarle la razón. De la misma manera podríamos cerrar la discusión sobre qué es y qué no es la poesía.

No se trata, pues, de evangelizar. La afirmación de nuestra poesía no precisa de la negación de otras, igual que un poema no niega nunca a otro. Y cuando digo esto no estoy apostando por la “neutralidad” porque la lírica es la antineutral por excelencia. Pero no hay que confundir las opiniones, que para ser tales deben contener siempre una dosis de irracionalidad encubierta, con el apostolado.

Decía Hilde Domin en su apasionante ensayo *¿Para qué la lírica hoy?* que todo lo que en verdad importa es fin en

Hablar de poesía

Esteban Martínez



sí mismo, es decir, inútil e irrenunciable a la vez. La Poesía importa. Por eso cuando algún necio intenta lanzarme una puya diciendo que la Poesía no sirve para nada y que ese es el motivo de que la tenga en gran estima. Que no sirva para nada le otorga una dignidad incommensurable. En este sentido, los poetas aún somos necesarios, porque somos rematadamente inútiles y no se sabe qué hacer con nosotros. Será porque no puedo imaginar todavía un perro sin pulgas. En un mundo tan superficialmente pragmático como el nuestro, la decencia reside en la inoportunidad. Cuando Bernardo Atxaga afirma que ya no hay un horizonte utópico claro, y la versión dominante de la realidad es ampliamente apoyada y aceptada, y que aquel que no la comparte debe andarse con cuidado porque ahora no se secuestran libros, simplemente se anulan; no entiendo yo que esto sea una tragedia. Siempre

vivió la Poesía en el umbral del ostracismo. Y en esa tesitura supo conservarse más fiel a sus principios que otros géneros.

Llegados a este punto quiero proponerles una reflexión. Cuando tanto se ha insistido en la naturaleza sublime de la Poesía y en su quinta esencia trascendente ¿no se le ha hecho un flaco favor? Hemos atemorizado a los lectores, desterrándolos con arrogancia. Tampoco creo que haya sido un acierto identificar al poeta con el intelectual. Recuerdo un comentario de Antonio Muñoz Molina: “Se asocia la palabra intelectual con la palabra lucidez, pero en la mayoría de los casos los intelectuales se han caracterizado por cerrar los ojos o, incluso, por mentir abiertamente”. El poeta no un chamán ni un visionario ni siquiera un intelectual en su sentido puro. Es un Creador. Aunque en las postrimerías del siglo XX me inclino a hablar ya de Re creador pues las Vanguardias cerraron el ciclo de la Creación al desmontar el lenguaje y poner la tramoya al descubierto. Ahora “recreamos”, vestimos la desnudez impúdica en que nos dejaron los movimientos minimalistas. No podemos, para ello, obviar la tradición. Toda vocación poética nace de la fascinación por una tradición que no tiene por qué seguir un canon ni criterios de autoridad.

Dice Eduardo Mendoza que tiene que haber una tradición para asimilarla pero también para romper amistosamente con ella. (Bueno, lo de amistosamente lo digo yo). Me parece una verdad incuestionable. Pero a menudo esa ruptura puede ocultar un desarraigo, una fractura inconfesable con la tradición. Creo que esto no es bueno. Demasiado frecuentemente el escritor joven ha sucumbido a ese canto de sirenas que se llama originalidad, en detrimento —casi siempre— de la verdad. Y ser verdadero es ser auténtico aunque no se sea novedoso. No veo cómo se puede ser auténtico si se repudia a la mater tradición. Me sirven unos versos de Chen Guang;

“La tradición intocable
(no se dan cuenta los necios)
es bordar con el mismo hilo
dibujos distintos.”